

N.º 4. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 18 Abril, 1926.



*Virgen en mármol,
admirable obra es-
cultural catalana
del siglo XIV. Halla-
da en la iglesia de
Sellent de Sanahuja,
obispado de Solsona.
figura hoy en la co-
lección Plandiura.*

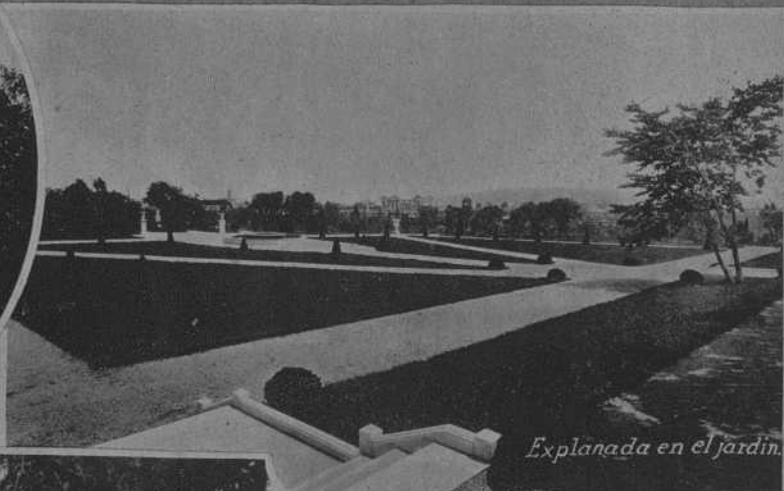
Jardines del Palacio Real de Barcelona.



Fuente en el jardín.



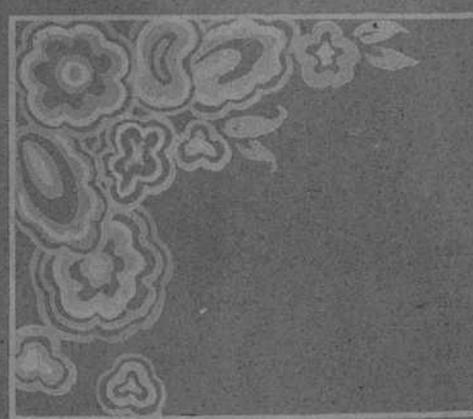
Explanada en el jardín.



Explanada en el jardín.



Detalle del jardín.



Plaza de ingreso en Palacio.

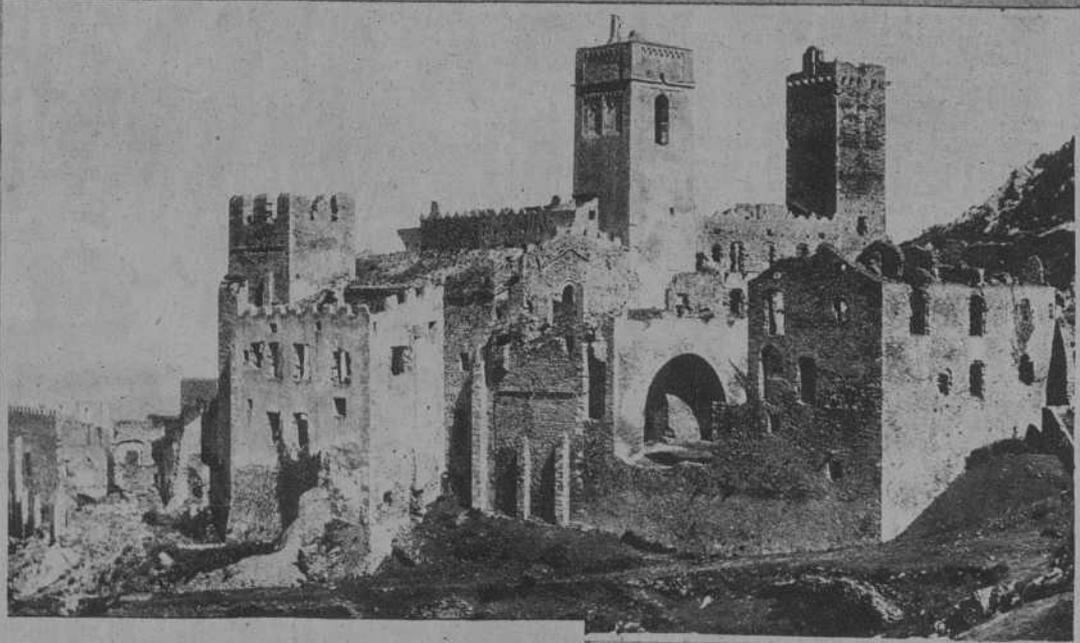
Cataluña Romántica



Castillo de Vila Rodona

El castillo en ruinas, al borde del camino primitivo y en la llanura adusta, hace pensar en un paisaje de la Castilla tradicional y caballeresca y no en un paisaje de Cataluña. ☞ ☞

En la montaña que separa el Ampurdán del golfo de Lyon, cara a la plana, se alzan las ruinas de lo que fué poderosa abadía feudal de San Pedro de Roda, en el siglo XII.



El castillo de Tossa, junto al azul mediterráneo, el blanco del pueblo y el verde de los viñedos, ha perdido su sequedad arqueológica, adquiriendo un relieve de cromo romántico.

Los bailes típicos de Cataluña.



El típico "Ball de bastons."

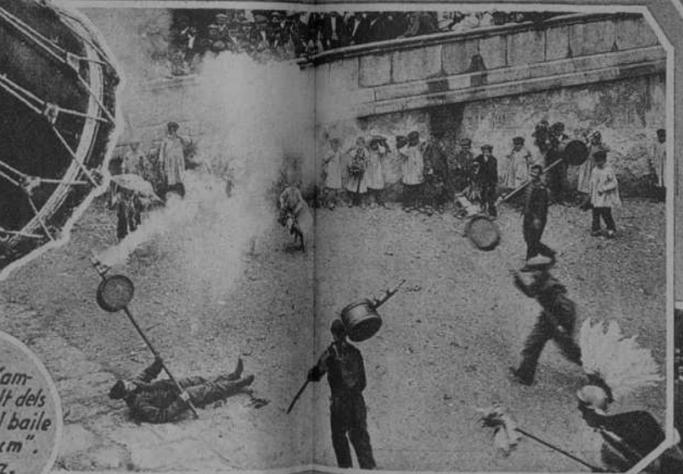


El llamado "ball de gitanes" en Castellar de Vallés.



Baile del "Çambetu" en Ridaura.

El típico "Xamberg" y el salt dels diables en el baile de "La Patum" de Berga.



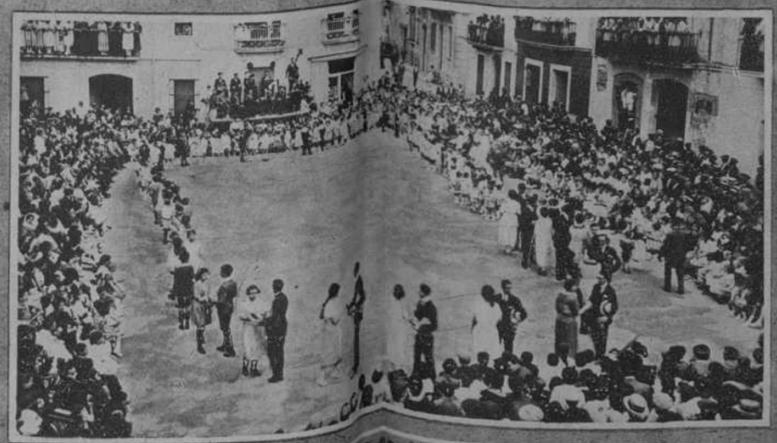
La Sardana "Aplec" en Vallvidrera.



"Ball del ciri" de Viladrau.



El baile "La Gala" de Campdevanor.



La danza de les morrales de Lloret de Mar.



El baile "Matadegolla" en San Feliu de Pallarols.

*Ibiza, la isla
pintoresca y
arcaica.*



Ibiza y su puerto.

*Portal en las murallas, con
dos estatuas fenicias a
los lados.*



Una aguada.



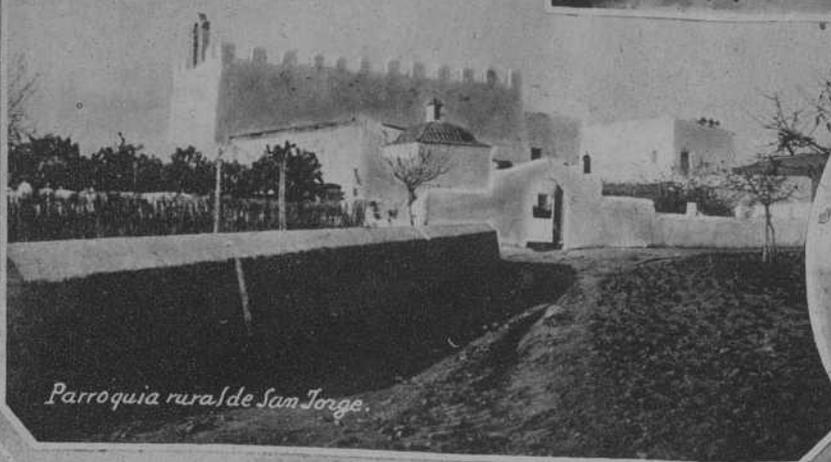
*El islote "Es Vedrá", el
Montserrat de Ibiza.*



*Iglesia de San Francisco Javier
(Formentera).*



Bailes populares.



Parroquia rural de San Jorge.

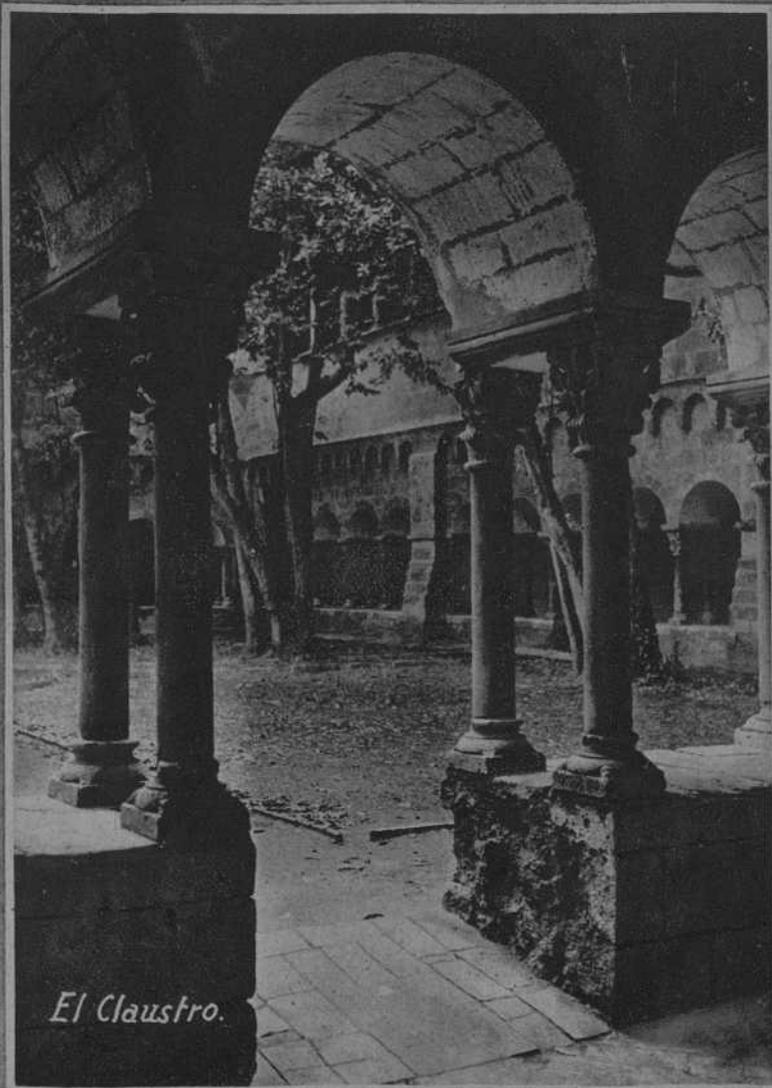


Trajes típicos.

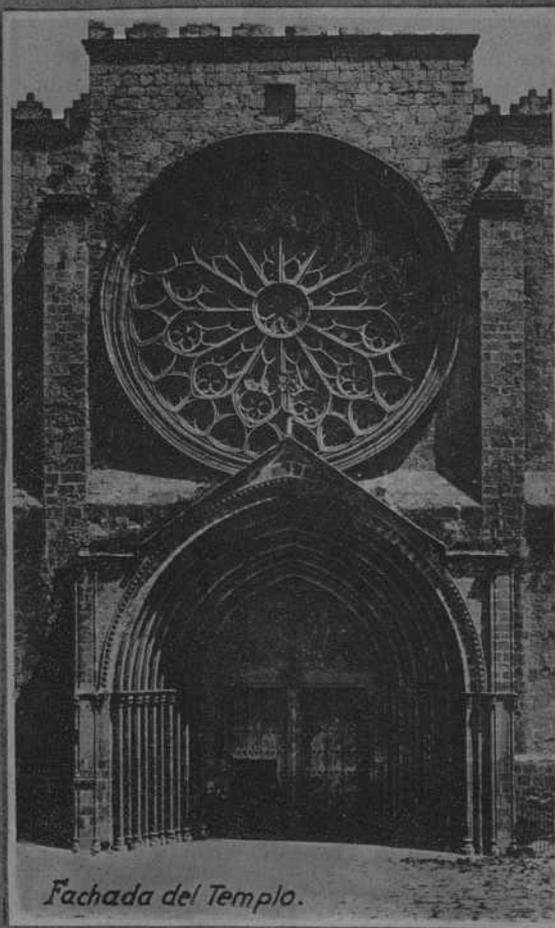
*El histórico Monasterio
de San Cugat del
Valles.*



Vista general del Monasterio.

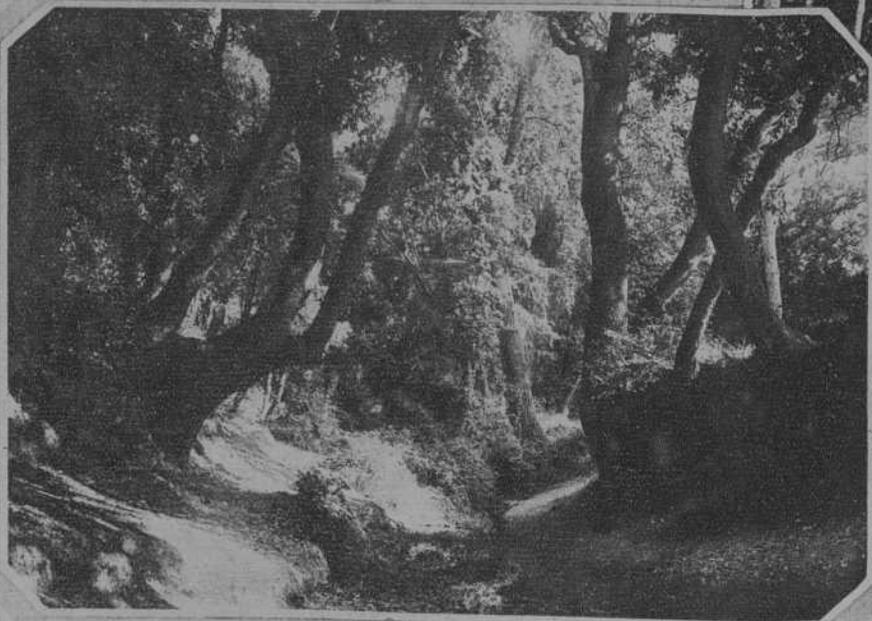
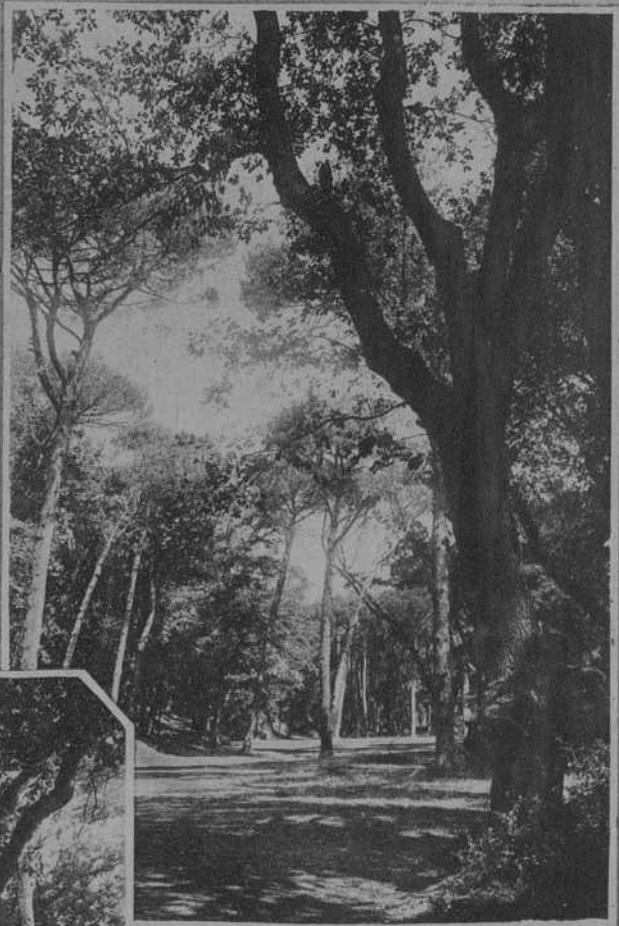


El Claustro.



Fachada del Templo.

*El bosque de
"Can Feu"
de Sabadell.*



Diferentes aspectos del hermoso bosque, el anuncio de cuya desaparición ha motivado un movimiento popular en su defensa.



LA JAULA DEL PAJARO

I

El Goto de los Carvajales también está señalado en la crónica judicial de aquellos días como madrugador de secuestradores y cuatreros. El Viroque y Vaca-Rabiosa, Carifancho y Patas Largas, reverdecían los laureles del Tempranillo y Diego Corrientes. El Marqués de Torre Mellada, en los pagos manchegos, y don Sebastián, en Córdoba, eran notorios padrinos de la gente bandolera. Mojigatos los dos, soñaban con el espectro de la demagogía incendiando los campos, y a cuenta de no tener malos sueños, protegían al Maruxo y al Lechuga, a Vaca-Rabiosa y al Tuerto. Y tan notorio era este padrinzago, que la gente de la chanfaina, mudándole el nombre a lo pícaro, llamaba a los Carvajales, Ceuty.

II

Había salido la luna, y era el olivar una incierta humareda verdina. Tío Blas de Juanes silbó de lejos, contras señalando, y un lechuzo cantó por tres veces. A poco, sobre el camino resonaban las herraduras de un caballo. El viejo raposo salió de su silo, entre matorros. La sombra de un jinete tabardo y calañés se perfilaba en el claro lunero: Traía los brillos del retaco en el arzón:

—¡A la paz de Dios, tío Juanes!
—Con ella vengas. ¡Qué novedades dejas?
—La novedad usted tiene que decirle, pues tan aína nos ha reclamado.
—De novedad poco tiene, hijo Carifancho. Pues ello es ponerlos de manifiesto la suma urgencia para que os llevéis al pájaro. Aquí nos aparece un compromiso, y hay que buscarle nido lejos, y caso contrario darla suelta.
—¡Está usted mocheles!
—Pues vosotros veréis. A tiempo os advertí que este negocio no era lo que os pintabais. Debisteis haber cogido los sesenta mil reales que de primeras os daba esa familia, y no soñar con California. Otra... ¿Tenéis dispuesto dónde engayolar al pájaro?
—Pensamos que si puede continuar aquí por unos días... Eso pensamos. Si no, lo traspondremos en dos noches al cortijo del Infante. Por allá, los amigos son amigos.
—Y en todas partes. Pero vosotros estáis tan ciegos que no reparáis el peligro que corre de ser descubierta el escondite. ¿Y qué sacaréis entonces?
—Maestro, no se hable más. Sea como usted ha dicho. La gente está notificada, y si hemos de trasponer a ese palomo, conviene aprovechar la noche. Sóbese usted a la grupa, tío Juanes.
Y le soltó el estribo para que montase. Tres jinetes de calañés, retaco y manta, salieron de los jarales. La noche, diluyendo los contornos, agrandaba las sombras. A lo

lejos choqueaban las esquilas de un rebaño de chivos y destacaba sobre el cielo la silueta del ágil pastor insomne, que los seguía saltando de risco en risco. La tropilla de jinetes, a la procura del molino donde estaba dispuesto al aparejo de la cena subía la cuesta de Jaral Bermejo.

III

Sobre la piedra del hogar se calentaba un hombre tullido, acochovado en astroso serón de esparto. Salsa el pábilo del busto cosido en la amarilla angostura de un jubón de franela. La molinera aguzaba el ojo, de atalaya en el ventano. Era tuerta, morina, endrina, rizosa. En la figura cenicienta, brío y vivacidad de cabra. Murmuró apagando la voz:

—¡Si no vendrán esta noche!
El tullido, avispado en su yacija, alargaba la oreja:
—Extraño se me hace, vista la urgencia de trasponer el contrabando. Tío Juanes andaba muy agudo sobre ese empeño... Pero también se me hace extraña la tardanza.
—Lo peor sería un encuentro con la Pareja.
—Ya saldrían adelante, que no son mancos. ¿Y tú, por qué no aprovechas y le bajas la cena a ese lechuzo? Luego que los compadres sporten, no habrá de faltar faena.
—Me parece que aquí los tenemos.
La molinera salió algunos pasos fuera del umbral.

Los cuatro jinetes sobrasalfan por el repecho. Luego que estuvieron arriba, dejaron los caballos bajo el cobertizo; y se juntaron con la molinera. Preguntó el tío Juanes:

—¿Se halla más conforme con su cautiverio ese palomino?
—Es muy repodrido y de todo se cueja.
—Pues eso, con que la familia apoqueine el loben, pronto se remedía.
Los otros compadres ya se habían metido puerta adentro, y tenían la plática con el baldado. El Cachicán y la molinera se retardaban arrimados al muro, en la sombra del alero. Interesada y maligna, la bisoja sofocaba la voz:
—¿Es cierto que ha merado la vieja?
—Cierto es.
Malició la molinera, relajándose del talle:
—Un descanso para ella y para todos. Pues a buscar otra que le caliente la cama, tío Juanes.
—Mira tú de quedarte pronto viudo.
El viejo pardo abrazaba a la molinera, refrescándole los caños del bigote a la oreja.
—Buen humor trae usted de chanzas para el tropiezo en que nos vemos.
—Todo se arreglará. Vamos a ccharle un pienso a los caballos, Juanilla.
—Deje usted que les sirva un jarro a esos chavales, y que encienda el farol.

Esquivóse la molinera y requereó el tío Juanes:

—Esperándote quedo, cabra loca.
Cuando entró la molinera, explicaba la causa del retardo un mozo crudo, cumplido de la trena, que atendía por Patas Largas. Era cañí, y ceceaba muy cortado, en el modo extremeño:
—La Pareja nos echó el alto desde un cerrillo, y nos ha dado una migaja de trabajo.

La molinera, que encendía el farol, agachada sobre el hogar, se recogió suspensa.

—¡Mal encuentro!
Se avispó el tullido:
—¿Y cómo salisteis adelante?
Patas Largas rió enseñando los dientes:
—Que lo digan los caballos. Oído el alto, volvimos grupas más ligeras que corzos. La Pareja de que lo guipó hizo fuego sin alcanzarnos, pues habíamos tomado mucho vuelo. Y aquí estamos, pero hemos teaido que dar un gran rodeo para que perdesen la pista.

Se aguzó la molinera:
—Muy bien hecho. La Pareja ronda por estos lugares y hay que estar sobre aviso. Encendió el farol y salió a la puerta. La figura cirial del tullido se removió en el hogar, alargando el busto amarillo:

—¿Dónde vas?
—A echarle un pienso a los caballos.
—¿Por qué se quedó fuera tío Juanes?
—Querrá tomar la luna.
Salió la molinera. El tullido, arratado al fúnebre, removió las brasas y encendió el cigarro que guardaba tras de la oreja. Aun explicaba Patas Largas:
—Pues tomamos campo, y estuvimos cubreando por esos olivares hasta que se entró bien la noche.

IV

Iba nublada la luna, y en el recato de las bardas se hacían un bulto el cachicán y la bisoja. Y ha vuelto la luna. Tras el nublo saca un cuerno. La molinera ríe desatándose con garbo tuno el pañolito del talle, sacudiéndose los granciones prendidos en los flecos. Endrina, flaca, tuerta, negra, ríe cuprina y maligna. La sombra del viejo, socarrona y parda, proyecta otra sombra sobre las cales del tapial. Tiene prillos lilailos en el pecho, luces de lentejuelas, obra de un majo escapulario de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Un escapulario regalo de monjas, que el cachicán, en fiestas y domingos, se reviste sobre la gala de sus prendas. Sujetándose las ligas, se comba y cimbra la comadre:

—Esta broma hay que rematarla. Igual hace usted que un mozo sin miramiento. Para usted, que se camina, bueno está, pero no diga lo mismo quien aquí se recrea oyendo las músicas de un perro sarnoso. ¿Tío Barrabás, qué hizo usted para despabilarse de su vieja?
Picardeó el viudo:

tándola con garbo, refrescóse la boca. Luego, sacando una tajada del lebrillo, se puso a cantar:

Aquel tuno, tuno
Robarme quería,
Robarme la cerda
Que llevo en la liga!

VII

Tío Juanes, con dignidad de héroe antiguo, metió los dedos en el condumio, y los cuatro bandidos secundaron en el ejemplo. El mosto y la ocasión azarosa condujeron el coloquio. Pinto Viroque, desertor de presidio, contrabandista y cuatrero, expuso el ideario del Presidio de Cartagena:

La Ley de Dios, es la igualdad entre los hombres. ¡Va diferencia del robo que supone la riqueza, sustentándose sobre el trabajo del pobre, y la justicia que nosotros hacemos rebajando caudales!

—¡Esa es la fija!

La sombra del tullido se alargaba en la pared. Proseguía el Viroque:

—Yo he rodado por todos los cortijos de esta tierra, y en todos ellos roban al trabajador, que deja la vida en los campos, y no come.

El cachicán molía su sonrisa de viejo cazurro, en un rincón de la boca:

—El trabajador, hoy en día, tiene hasta vicio. Yo conozco lo que se pasa, sin que ello valga para contradecir que haya mucha avaricia en el señorío. Por eso nuestra obligación es atender a la rebaja de caudales.

—El mundo está muy descompuesto y hay que arreglarlo. Unos tanto y otros tan poco, no está bien.

—¿Qué méritos pone el que hereda?

—Ser hijo de su padre.

—Y muchas veces no serlo.

—Un mundo bien gobernado no permitiría herencias. Allí todos a ganarse la vida, cada cual en su industria. ¡Ya subirían los más despiertos! Donde se acabase la herencia, se acababan las injusticias del mundo. Y como el dinero agencia el gobernar, los ricos que truenan en lo alto, todo lo apañan mirando sin provecho, y hacen de la ley un cuchillo contra nosotros, y una ciudadela para su defensa. ¡Si a los ricos no les alcanza nunca el escarmiento, por fuerza tienen que ser más delincuentes que nosotros! ¡Con la salvaguardia de su riqueza, se arriesgan a donde nosotros no podemos!

Confirmó la tuerca:

—Y cuando se puede, es por algún padrino que nos asegura.

Clavó su aguijón el tullido.

—Se puede robar un monte, y no se puede robar un pan. Eso es la España. Y el caso aconteció en doña Ximena. Tío Belona, cuando fué alcalde, se quedó con el monte del Peralvillo. ¡Sembrado de olivar lo tiene!

Tornó la bisoja:

—¡Y a un mozo, por robar un pan, lo mandaron a Ceuta!

—¿Eso es justicia? La extrañeza es que, siendo tantos los castigados por la falsedad de las leyes, no se junten y hagan valer su fuero.

Sacó el busto Pinto Viroque:

—Si yo tuviese cincuenta hombres que me siguieran, veríais la iguala que hacía, y entonces, el que trabajara, que comiera. ¡Y cuántos ricos inútiles iban a jamar maroma!

Se removió el tullido:

—¿Es justicia que un nombre, cuando se estropea para el trabajo, no tengo otro amparo que la muerte? ¡Poco es la rebaja de caudales, con menos que la horca no pagan los que fomentan tanta desigualdad como hoy impera! Pero eso no se alcanza con sofismas de sobrecena. Pasadas noches se ha cuestionado rebajarle a ese mochuelo quinientas onzas de su caudal, y ahora lo habéis dejado por bajo de la mi-

tad. Con esas blanduras se camina al descubierto.

Rechinó escuinada la molinera:

—Vinieran los tres mil durandartes.

Falló doctoral el tío Juanes:

—Esa familia no es una California.

—Pues si mi fe valieran, antes de rebajar un chullí, se obraba un escarmiento. En la primera carta a la familia, se ha escrito que se colgaría la cabeza del cautivo en el aldabón de su puerta, y no se aventuran palabras para no darles cumplimiento.

VIII

Hacia nocharniegos el farol, y estaba floja la pellejuela. El tío Blas de Juarez explicaba, con su rezo conciso, que tenía tallido de metal antiguo:

—Todo en la vida se pone en lo mismo y no hay otra cosa: Tener aldabas. Ahora las aldabas dicen: Caballeros, a no repicaros, andarse con pupila y a estarse aplastados. Pues eso nos cumple, y la primera cosa ha de ser esquivarnos de peligros manifiestos y trasponear al pájaro. Y en fin de cuentas, ver si en alguna cosa puede condescenderse, y rematar lo más pronto posible este negocio.

Enconado, asestó el tullido:

—Antes de recoger una miseria, debe hacerse como se ha dicho, y colgarle la cabeza de la aldaba.

—Esas son pamplinas. Si se sacan tres mil durandartes, no habremos salido con las manos en la cabeza. Hay que ponerse en razón y comprender que esa familia no es una California.

Saltó Vaca Rabiosa:

—La rebaja, sin contar con todos los compañeros, no puede acordarse.

Asintió Patas Largas:

—De la rebaja se hablará a su tiempo, que, como encontrásemos una jaula segura, no habría caso.

Confirmó el Viroque:

—¡Esa es la chachipé!

Tío Juanes, con un gesto duro, borraba los dichos de los otros, para proseguir tenaz y pausado:

—La Guardia civil, visto lo tenéis, anda julmando por descubriros las querencias, y conviene proceder con sentido. Este negocio puede torcerse y aparejarnos un estropicio si no se tiene mucha cifra. Ocho mil duros, que se han pedido por el rescate, son muchos miles, y la familia, aun cuando acudida, tardará en reunirlos. Han pedido un plazo y no habrá otro remedio que concederlo.

Patás Largas amontonaba el ceño:

—La familia se ha berreado y busca ganar tiempo.

Se alargó la sombra del tullido, entalada y fúnebre:

—¡Esa olisca me ha dado! Y de salir cierto, se impone cumplir lo que iba puesto en la carta, y hacer un escarmiento, que sea sonado.

Vaca-Rabiosa se tocó el navajón que escondía en la faja:

—Caballeros, si llega el caso de cumplir la sentencia—como me sospecho—, que se me reserve la cabeza de ese javato. Va para dos meses que afilé la herramienta, y todavía está sin habersa estrenado.

La sombra del tullido, encendía los ojos de lechuza en su nidal de trapos:

—Colgarle la cabeza en la aldaba de la puerta es lo que cumple, si la familia no apoquina el loben. No se hable de rebajar la suma. Si os hacéis de miel, se os comerán las moscas. Las cosas se divulgan y a luego no se podrá trabajar sin que vengan proponiendo alguna rebaja.

Enseñó los dientes el Viroque:

—Se tarifa contando con ello.

El tullido se alargaba en su mortaja:

—¿Y el tiempo que se pierde? ¿Y el riesgo que se corre con el pájaro en la jaula? Si de una vez se hiciese un escarmiento, verías como las familias andaban menos reñuentes para aflojar el parné.

Vaca-Rabiosa se estallaba los artejos;

—¡Tú la entiendes, y esa es la fija!

El tullido se recogía escupiendo en la lumbre con tos cavernosa.

IX

Tío Blas de Juarez, maduraba en los rincones de la boca, su mueca de viejo pardo:

—Si esta noche hacéis cuenta de trasponear al mochuelo, no hay que perder la sazón.

A espaldas de tullido, sacó la lengua la bisoja, con burto belloco:

—¿Dirá usted que ha estado por demás el pienso que le echamos a las caballerías? Pero estoy conforme en que no conviene retardarse.

Negroteas, zeinas hurlones los cuatro bandidos se contrasoneaban. Carifancho se alzó con colamerías ionianas:

—El negocio se ha escachifollado, vista la precisión de aburrir este nido. El nuevo escondite habrá que pagarle, y por el camino hebrá que ir aflojando parné para callar lenguas y cegar ojos. En lo menos tres noches, no llegamos a seguro, si llegamos, que los tricornos, ya se ha visto como nos andan sobre los nasos. Camino tan disforme, se lleva un pico de la ganancia. Añadid ahora el nuevo escondite. Pues hemos trabajado para el archipiélagano, y no valga la pena de haberle puesto los espartos a ese pollo.

Saltó la comadre, nalmoteando sobre la cadena, con un revuelo de la falda:

—¡Ya os veo de venir, y toda esa retórica es para dejarnos otra vez cargados con el mochuelo!

Acudió con un quiebro Patas Largas:

—No vayas tan apurada, Juanilla. Nosotros, para resolver, esperamos las noticias que traiga esta noche Padre Veritas. Si se halla comprometido, cambiar de jaula, y vosotros persistís en lo dicho, se apiola al pájaro.

Confirmó Vaca-Rabiosa:

—Antes que repartirnos una miseria, más provecho sacaremos, obrando un escarmiento.

Se afilaba el tullido, en el borde del fogaril:

—Hay que colgarle la tiñosa cabeza en el aldabón de la casa.

Tío Juanes apuntó su sentencia lagarta:

—No abramos un pozo para cegar un hoyo. Y por lo que discerno, el compromiso más pequeño es dejar al lechuzo en su oliva.

Se avino Carifancho:

—Si eso puede ser, no se hable más.

Y ariscóse la comadre:

—¡Tío Juanes, que los tricornos nos tienen puesta la fila!

—¡Lo traspondremos a Cueva Beata!

—¿Y quién le lleva el alpiste?

—Que ayune el traspaso. Ahora, caballeros, vamos a ver cómo se le hace escribir una carta que le ponga el alma en un puño, al cutre de su padre. O por mejor, al padre y al hijo, porque vamos a darle un bromazo al pollo. Es una diablura que puede traer algo en el rabo. Pues, caballeros, mi discurso es que ese mocito escriba otra carta, a luego que vosotros le deis la gran desazón, con amenazas de muerte, haciéndole creer que le ha llegado la última hora. Así conseguiremos que el hombre apriete al marrajo de su padre, para que afloje el loben, ¡Y todos contentos, en la reserva de enterarlo vivo en un zanja o de llevármolo por esos andurriales, conforme lo que traiga en las mirlas Padre Veritas. Si es necesario enfriarlo, se hace, y si no es necesario, se le guarda. De todas suertes, con hacerle escribir la carta nada perderemos.

Sobre el umbral, en el claro de luna, la tuerca picardeaba:

—¡Saca usted más invenciones que un papel de romances! ¡Tío Juanes, mueva las tabas, si habemos de ahuecar con el bulto para Cueva Beata!

Tío Juanes, ladeado el catite, redondo el ruedo de la capa, sobre el pecho los hilarios monjiles del escapulario, se caminó para

—Pedírselo a la Divina Providencia.
La bisoja se ataba el pañuelo del talle:
—¿Con alguna receta, tío Blas de Juanes?

—Con no más que el pensamiento y el diente de la enfermedad que comía en la desafortunada.

—No me sirve su ejemplo, tío Juanes. Yo, si espero la obra del pensamiento y de una enfermedad misericordiosa, no me verá sin cruz en sempiternis.

Tío Juanes se agachó para levantar un haz de paja, y lo volvió a la fajina donde hacía servicio, disimulando la boca de una cueva.

—Juanilla, hay que ver de alejar el mochuelo.

—¿A dónde va usted con ese cantar? Estoy que no sosiego, y no hay más, sino que esta noche lo trasponen.

—Pudieran esos chavales destacar, visto el tronazón que tuvimos con los tricorinos. Eso, supuesto que viniesen en el ánimo de trasponer al pájaro, que está en ciernes.

—Pues este nido hay que aburrirlo.

—¿Adónde?

—Adonde sea.

—En esa tirantez no habrá otro remedio que darle franquía. Con lo cual se habrá perdido el trabajo y la opinión.

—¿Y obrar un escarmiento?

—Juanilla, no abramos un pozo para cerrar un hoyo.

—A usted me lo han mudado, tío Barrabás.

—Los tiempos son los mudados y no están para faenas de compromiso.

—Tío Juanes, mejor se esconde un muerto que un vivo. Pero usted se trae la novedad de confiar ese negocio a la industria de la Divina Providencia.

—Juanilla, no me torees.

—No le toreo, y hago propósito de que se rematen estas fiestas. La soltera es libre, la viuda es libre, la casada no lo es cuando tiene en el propio costado un perro que no cesa de ladrar condenados textos, ni de día ni de noche.

—Cállate esas aleyuvas, Juanilla. Ninguno sabe lo que trae reservado en sus divinas cavilaciones el Señor de Cielos y Tierra.

La voz cazurra trascendía un sentido de rezo sacrilego ante la silueta que en el claro de luna cimbreaba su arabesco caprino y moreno.

V

La molinera levantaba el farol, que había escondido bajo el caparazón de un cesto viejo:

—¿Quiere usted echarle la vista al palomo, tío Juanes?

—No estará por demás.

—Usted siempre busca que le adivinen la idea.

—Eres tú muy zahorí.

—¿Negará usted que se induca sobre esa cavilación?

—No lo niego. Juanilla, vamos a representarle la comedia a ese palomino, que nunca está por demás. Por ese paripé que no cuesta dinero, en alguna ocasión muy señalada, me zafé de una condena.

—Pues a ello. Vivo, nuestramo, que tengo el apaño de la cena en el horno.

La molinera esquiaba los haces de paja, que, en fajina, disimulaban la boca del silo. Asomó la cabeza:

—¿Hay gazuza?

—Una sed del infierno.

Venta del fondo tenebrario la voz lamentosa, con amplificación de difusas resonancias. La comadre, levantando el farol, metióse por la tobera, y proyectó la luz, alumbrando una yacija, alzada en cuatro tablas sobre dos caballetes. A la vera, sentado en un banquillo, estaba el pájaro con los ojos vendados y los pies en cepo. El tío Juanes requirió el farolillo que traía la comadre,

dre, y levantándolo, estúvose un buen rato mirando al cautivo:

—¿Es una mala vergüenza verlo a usted en este sufrimiento, por la avaricia de su señor padre!

Lamentó el cautivo:

—Mi padre no tiene el dinero que ustedes le suponen.

—Que su señor padre es hombre acaudalado, lo saben en esta tierra hasta los perros. Yo, sobre el tanto y el cuanto, tampoco voy de acuerdo con los compadres que le tienen a usted en esta mazmorra, pero no vale mi consejo. Están alucinados, y sueñen con Californias.

—Mi padre ha ofrecido sesenta mil reales. Tómense ustedes, que si más no da, es porque más no tiene.

—No van por ahí los sueños de esos pollos.

—Alguna vez despertarán.

—Y esa es la hora que yo me temo más que una tormenta de rayos! Puedo volverme para todos una hora negra. La avaricia de su señor padre, es un pico que abonda entre la senultura y la horca. ¿Usted comprende el sentido, criatura? ¿Comprende usted que el despertar de esos chavales sería para usted una sentencia de muerte?

—¿Que me maten! Mi padre no puede dar más de lo que ofrece.

La voz tenía un plañido obstinado. La sombra en pernetas, con las manos sobre las rodillas y la venda sobre los ojos, prisionera en el círculo bailón del farol, se desquicaba con el banquillo pegado al nalgario. El cachicán arrastró unas jalmas y se sentó frente por frente del cautivo. El farol, puesto en medio. La tuerta le asestaba el oído, los brazos en jarra, la mueca de risa. El viejo pardo articuló conciso:

—El mal que a usted le sobrevenga por este secuestro, será para mí un cargo de conciencia. Harto tiene cada uno con las cuentas propias, para cuanto más aparearse las ajenas. Yo, en este negocio, estoy de la banda de fuera, y el que lo gobierna tiene el alma más negra que un pirata de Argel. Precisaba de un escondite, y acá se nos vino con el influjo de ser muy jaque. Se lo he consentido porque ya no está uno para refirir batallas con caballistas. Pero vista la pinta del naípe, usted comprenderá que un hombre de bien no quiere complicarse en el fin sanguinario que a usted le tienen asignado. Acabar en la horca, cuando se está al fin de la vida, es como un escarnio. Antes que eso, me juego lo que se tercié, sacándole a usted a salvo. Quiero hacer una buena obra, ya que tantas malas tengo sobre mi conciencia. En una palabra: Si usted se conforma con que le pasen el corazón de una puñalada, o le vuelen la cabeza de un trabucazo, menda no se resigna con que le priete el corbatín el verdugo de Sevilla. Y esta comadre es del mismo propósito. A los dos se nos ha puesto salvarle a usted la vida, por encima de la cuenta que hacen esos chavales, y de la avaricia de su señor padre. Conque a no dormirse, que esta noche aburre usted el nido.

—¿Pero usted quién es?

—Va usted a verme la cara y a fijarse la bien en la memoria. Va usted a poder reconocermé en todas partes. Usted podrá delatarme, y nadie le pedirá cuentas. Puede usted ser Judas. ¡Puede usted venderme!

Agitando la venda arrancada a los ojos del cautivo, retrocedía y alzaba del suelo el farol, encumbrándolo por encima de la frente. El rostro oscuro del cachicán bailó en el ángulo de un reflejo con brillos negros:

—¡Míreme usted!

—¡Estoy ciego!

Cuchicheó la comadre, velada la voz por dramático recelo:

—Bata los párpados. Es de la venda.

El cautivo pestañeó con un gesto incoherente y aterrorizado. Se quedó fijo. Insistió el cachicán:

—¡Míreme usted!

—Ya la miro.

—Para no olvidarse.

—Para siempre.

—Míreme usted y no me agradezca mi buena acción, que si a considerarlo vamos, yo solamente me gufo por el descargo de mis culpas. Míreme usted, y sea usted Judas.

Sollozó el cautivo:

—¡Jamás!

Ponderó la comadre:

—¡Vaya, que vale usted para misisneros! Hay que ser muy dura para no llorar con sus textos. ¡Y cómo lo pinta el hombre! Tío Barrabás, vuelva usted a teparle a este niño los soles.

La molinera, con quiebro y sandunga, levantaba en la punta del pie, la venda del cautivo. El farol aprisionaba en su círculo bailón las figuras, y correteaban por el muro, con intriga de marionetas, las tres sombras.

VI

En la cocina del molino, la pellejuela del mosto hacía la rueda. Sobre la piedra del hogar, retorcido como un pábilo, el baldado mojaba el hocico, en la honrada compañía de Vaca Rabiosa, Patas Largas, Pinto Viroque y Carifancho. El tullido, que reparaba con un ojo a la puerta, cuando entró el cachicán, escupió repetidamente en la lumbre, y se puso a picar tsbaco con una navaja de a terciá, cacheada en su nido de remiendos. La bisoja, con el escarnio y el desafío de su risa de cabra, sacó del horno un lebrillo de chicharros:

—Vamos a repartirnos esta pobreza.

Cantó Patas Largas:

—¡Nunca nos falte!

Y Pinto Viroque:

—¡Juanilla, Dios bendiga tu apaño!

—¡Y tus manos, Juanilla!

—¡Y la sal de tu cuerpo, y la sal que has puesto al marrano!

El tullido, estibado en la amarilla coraza, torcía el pábilo del busto, puesto a picar la tagarnina, con la enorme navaja. La comadre, balando su risa de cabra, plantó el lebrillo en medio de la rueda, y se enderezó ondulándose como si estuviera desnuda. El cachicán, se quitó el calañés y lo puso a su lado, cubriendo el yesquero y la petaca. Los otros compadres imitaron la cortesía del viejo. En el canto del hogar, el tullido, con una mueca de reconcomio, picaba la tagarnina. Se le acercó por detrás la parienta:

—¡Vamos, guárdate ese alfiler, que ya le has lucido lo suficiente! ¡Tienes a estos ángeles en sobresalto!

Pronta y agatada, le arrancó la cheira, y la cerró sonando los muelles. Se atorbellinaba con el humo, chimenea arriba, su baldado de cabra. Juraba el paraltico:

—¡Rediós, vuélveme la cerda!

Torcía el pábilo amarillo del busto, encadillado al ruedo haldado de la tuerta:

—¡Arría!

—¡La herramienta!

—No la precisas.

—¡Rajo, que me la vuelvas!

—¡Arrra, mala ralea!

El baldado, echándose de bruces, le clavó los dientes en el tobillo:

—¡Tirada!

Se remontó la tuerta:

—¡Tú quieres que te aplaste!

Desprendióse de una rebolera y le dió en la cabeza con el zapato. Los ojos despreciadores y las manos sobre el talle, escupió una salivilla de mofa. El tullido, con brama de injurias, le clavaba los ojos encondos, redondos de rabia. La bisoja refregó soflamera, y se daba de ojo con los bandidos que, risueños, se divertían con los lances del rifirrafe. Carifancho le alargó la bota:

—Bebe tú, que beba ése y dese toda por acabado.

La bisoja recogió la pellejuela y levanta-

la puerta. En el fogaril, el tullido levantaba el busto avivorado sobre el arrebujo de las canillas:

—No estaría de más que algún otro saliese a ver si está libre el campo.

—¡Muy puesto en razón!
Vaca-Rabiosa apagó el chicote en la suela del zapato, y agudo se salió afuera.

X

La bisoja, apartadas las gavillas que simulaban la lobera, y puesto el farolillo al borde, se sumía en el antro.

—¡Pd e camastrón, aquí tocan llamada!
—¡Me abraso de sed!

Rodaba difusa y profunda por las terrefas bóvedas, aquella voz de africano cautiverio. En la boca del alio, asomaba la mano de la comadre, a la requisita del farol.

—Tío Juanes, échese usted de pechos para le antecoger por los brazos.

—¡Allá vamos!
Despojado del sombrero y la capa, zanquilargo, en talle de galgo viejo, aplastóse sobre la boca de la cueva:

—¡Hala, gandull! ¡Hala! ¡Hala! ¡Hala! Pesa usted menos que una lentejal! ¡Hala! ¡Hala!

Izaba al prisionero asido por las muñecas. Detrás asomó la bisoja, con el farol y unas enjalmas:

—¡Vale Dios, echarle sobre las carnes ese apañol!

Gimió el cautivo:
—¡No puedo caminar con las cormas!

Y conquistó tío Juanes:
—¡Animo! Le llevaremos a usted en volandas. ¡Echa, acá una mano, Vaquilla!

Acudió ligero el bandido, jugando los brazos al saltar del bardil desde donde oteaba. Cubierto con las jalmas, metieron al preso en la cocina. Era un espectro consumido, afligido, en pernetas, como lo habían raptado de su cama. Un pañuelo le vendaba los ojos, un cepo le trababa los pies, un grillete le rodeaba las manos. El baldado del fogón aguzaba el hocico y los ojos, con una expresión de rata maligna:

—Suéltensele las manos y póngasele delante el lebrillo de los chicharrones para que lo rebaña. El requisito del bien cenar, no se le niega a ningún reo de muerte.

Empavorecióse la voz del cautivo:
—¿Van ustedes a matarme?

—Vamos a cumplir la sentencia que te impone con su cicatería el raído mala casta de tu cochino padre.

Gimió el cautivo:
—Mi padre está por encima de esos insultos. Si no ha ofrecido más es porque más no puede.

Alzando el hombro hasta tocar la oreja, cecó Patas Largas:

—Pues ya verá dónde se le pone la guasa de querer difarse a los caballistas. Se acabaron las contemplaciones. Tu padre te sentencia a morir, y tú, como buen hijo, debes disponerte a ello, sin rompernos la cabeza con llantijas.

Se aventuró el cautivo:
—¡Si ustedes me matan no sacarán nadal! Flameó el pábilo consumido del baldado, sobre la trévade de las canillas:

—Sacaremos haber dado un ejemplo a las cochinas familias, que se pudren de talegas y dejan morir a sus hijos. El cochino usurero de tu padre verá lo que le cuesta no desenterrar las onzas.

Intervino, poniéndose de por medio, el tío Juanes:

—Caballeros, creo que nos aceleramos, y

que si una carta no ha sido bastante a ultimar este negocio, otra puede arreglarlo. Este pollo le escribirá por última vez a su señor padre, la necesidad en que se encuentra. Amigo, usted buscará modo de ablandarle el corazón.

Corearon los compadres:
—¡Duro lo tiene el raído!

—¡De usurero ladrón!

—¡Un canto de río es más humano!

Suspiró el cautivo:
—Mátenme ustedes, pero mi familia no puede reunir la suma que ustedes exigen.

Apaciguó tío Juanes:
—Tú escribirás, y ellos verán lo que gobiernan.

—¡Mi familia no puede encontrar ese dinero!

Amenazó Patas-Largas:
—Déjate de pumplinas. Tú, si no quieres pasarlo mal, vas a escribir otra carta.

—Yo haré lo que ustedes ordenen, pero sé que todo es inútil.

Tío Juanes se inclinó tocándole el hombro:

—Guárdese usted esos calendarios. Tan y cuando estos ángeles se cerciorén, date por muerto, padre camándula.

La molinera sacó de la lucha el recado de papel, tintero y pluma. El Patas-Largas puso al cautivo de cara a la pared, y en tanto le desvendaba, hacia el ojo zaino a los otros compadres, para que se estuviesen detrás:

—Si vuelves la cabeza te paso de una puñalada.

Y le mostraba por encima del hombro el facón que se había sacado de la cintura. La molinera, cubierta la cara con el mandil, puso sobre las rodillas del prisionero un cartapacio con el recado de escribir:

—¡Aviado!

Los caballistas se consultaban con los ojos. Tío Juanes meditaba. Se arrastraba el tullido al borde del fogaril. Suspiraba el preso. Patas-Largas le tenía apoyada la punta del facón sobre la nuca.

Musitó el cautivo:
—¿En mi casa no hay dinero!

Tío Juanes, arisco, sin volver la cara, interrogó:

—¿Caballeros, se acuerda alguna rebaja?

Respondió un levante de voces:
—¡Que el camastrón de su padre apoquine el loben!

—¡Que afloje la zaina!

—¡Mi padre ya da lo que puede.

—¡Gandulazo, que te buscas un finibusterre! El cutre de tu padre abillela el sonacaí en tina'ones.

Silbabá el baldado:
—No escribas, charrán. Reza el yo peador.

Coreaba Carifancho:
—Basta de cartas y de enredos. Ahora voy a darte lo tuyo, magito.

Vaca-Rabiosa montó su retaco:
—¡Hombre muerto, no habla!

Con grandes voces, aparentando que el compadre se disponía para hacer fuego, se metía por medio Tío Juanes:

—¡No dispare!

—Aquí se hará lo que nosotros queramos, porque aquí no mandan más bocas que las de los retacos.

Y Carifancho, sacando su faca, se motaba con flamenco gambeta:

—Un tiro vale dinero, y este palomino no merece cosa mejor que una puñalada.

—¿Qué vas a hacer? Trae esa faca.

—¡No quiero!

—¡Detente!

Tío Juanes trabó una lucha para que no

descargase el golpe. El cautivo no se movía. Asustado, miraba en la pared el tumulto de sombras, el guirigay de brazos apados, ruidos de catite, mantas flotantes, retacos dispuestos. Intuía el sentido de una gesticulación expresiva y siniestra, aquel anguloso y tumultuoso barajar de siluetas recortadas. La de copas, roncas de la disputa, hebía de una pellejera. La de espaldas, inscribía en la pared los ringorringos de un jabeque. El cautivo temblaba con el cartapacio sobre las rodillas, Alarmas y celos le sacudían. Batallaban sensaciones y pensamientos. Eran combates alucinantes, con tunambulescas mudanzas, y un transponerse de ánimo, sobre la angustia de aquel instante, al nítido recordar de caminos y rostros olvidados. Sentíase vivir sobre el borde de la hora que pasó, asombrábase en la pavorosa y última realidad de transponer las humanas métricas de lugar y de tiempo. Fuera se remontaban azorados ladridos, cacareaba puesto en vela el gallinero, zamarrecaban con relinchos y coeces los caballos atados bajo el cobertizo. Crujía la techumbre. El preso volvió la cabeza. Acicateados en una ráfaga, contrahechos en una sombra sin relieves, los bandidos se saltan por la puerta. El tullido, encenizado, oliendo a chamusco, se sacaba del jubón la llave del cepo:

—¡Oye, gran rajado, sinvergüenza. Yo te liberto las tabas y tú me sacas en brazos. ¡Eesos tños largos y la gran raída, poco que se alegrarán de vernos salir illesos! ¡Y este cochino techo está mirando cuándo nos aplasta!

XI

—¡La riada! Giraban las aspas del molino con un vértigo negro de pájaros absurdos. Huroneaba por los olivares el viento. La gorra aullaba al borde de la barranca, y su hábito fosforecía en la nocturna tiniebla. Bajo la luna, la quiebra azulada del horizonte, indecisa de resplandores y nieves, tenía un pronto y confuso tumulto de rebatante mareo. Saltante, pujante, espumante torbellino de crines el viento. Hacían agorino todas las voces del campo, despiertas, sobrecogidas de terror ante el crinado relámpago de las azulinas quiebras. El loco y la loba, en el claro de luna, suspendían sus juegos y aguzaban las orejas. Los pájaros que dormían en los surcos, se levantaban azorados, acogiéndose a los olivos con inquieto aleteo. Arreciaba remoto el baladro de los chivos. Y el machero, sobre un tolmo cercado de espumas, rezaba juntando las manos; la cigüeña del cayado sobre un fondo de luceros. Rugían las secas esguevas, y sus terrefas encías desmoronábanse enlodando el rugiente cristal de las quebradas nieves. Una tromba de viento desgredó el tejado lúnero del molino. Las aspas, negras y frenéticas, rodaban sus cruces sobre el repente de voces asustadas. La riada abierta en mares, remansada en curvas de espuma, se tendían ganando las vegas. Flotaba sobre el agua un gallinero arrancado de sus pozos. El gallo y las gallinas navegaban cacareando. Gruñía en el fangal una piara. Pronunciábase la gente de las quinterías con gritos y alarmas. Gatos y mujeres desnudas salen a los tejados. En los remansos de las vegas, la luna multiplica su medalla.

VALLE-INCLAN

(Prohibida la reproducción).

«El crédito es una cosa que se da a quien no la necesita»

por ANTONIO R. DALMAU

Julio Carballo atravesaba una época calamitosa. No tenía un mísero real. Sus padres, residentes en un pueblo de nombre estafalario, hacían, de sus peticiones de dinero, el mismo caso que hace Budha de las oraciones de sus fieles.

Y no sería porque Julio—que tenía talento acreditado—no derrochase ingenio en sus apremiantes misivas, inventando mil pretextos para sacar unas pesetas a sus «viejas». Todo era en vano. El ansiado giro no llegaba. El recurso de enterrar a la portera, que diera resultado una vez, repetido, obtuvo un rotundo fracaso. La excusa de la cartera robada en el tranvía, le valió una de consejos inacabable y una cantidad, rápidamente «acabable». Lo de la compra de libros, lo del compañero enfermo, lo de la suscripción pro-cualquier cosa, había sido ya explotado, y la mollera de Julio se sentía incapaz de nuevos estrujamientos.

«Hasta fin de año—le decía su padre en su última carta—no cuentes con recibir de nosotros un solo céntimo. Por Perico, el hijo de la Justina, que acaba de regresar al pueblo, hecho un doctor, sabemos la vida que te das en la ciudad. Estoy avergonzado.

¡Tú eres aquel que al ver al maniquí en que tu madre probaba sus vestidos te ruborizabas! Sé que, si bien en tu carrera no avanzas un paso, en carambolas, fútbol y mujeres eres ya licenciado. Arreglate como puedas, pero hasta diciembre no le pidas nada a la bolsa de tu padre...»

Hasta diciembre y estábamos en junio! El porvenir no podía presentarse más de luto. ¿Cómo hacer frente a la legión de acreedores que, con impertinencia abrumadora, llamaba cada día a su puerta?

—Julio! le decía don Matías, el prestamista. Que a ver cuando liquidamos eso! Que si no se arregla este mes me veré obligado a «tirarlo» por justicia...»

—¡Julio!—le decía la patrona. Usted se las compondrá como pueda pero si esta semana no cobro lo atrasado, le echo a la calle...

—¡Señor Julio!—clamaba el sastre—. Que los tiempos son difíciles y necesito cobrar los dos trajes y el gabán, que usted me debe. ¡No haga que pierda la paciencia!

Y así hasta el infinito. La visita de su amigo Manolo le halló abrumado por negros pensamientos.

—¿Qué te pasa, chico? Vienes, acaso, de ver un drama?

—Peor. Soy el protagonista. Ríete de Santacana. Y pintó su situación con tan negras pinceladas, que la tela le resultó el interior de un túnel a media noche.

Pero Manolo no se conmovió, sino todo lo contrario. Soltó una carcajada, que para sí la hubiera querido Calvo, y tachó de graciosísima la situación de Julio.

—¡En mi lugar quisiera verte!—murmuró éste—entre desconcertado y molesto.

—Pero si lo que a ti se pasa tiene menos valor que una perra chica, que es hoy lo de menos valor que conozco. Si el remedio es facilísimo.

—¿Tienes dinero? ¿Acaso piensas prestarme...?

—No entra esto en mis principios. No te apures y deja el asunto en mis manos. Tú verás. ¿No estamos hoy a 21?

—Sí.

—Pues deja que mi ingenio te solucione el conflicto.

Aquella noche, Julio durmió mal. ¿Cuál sería la solución de Manolo?

No cabía más que una: hallar dinero. Pedro ¿dónde hallarlo? Manolo era listo, pero no tenía más ingresos que su sueldo como redactor de «La Propaganda», y éste no era muy abundante...

Las once de la mañana serían cuando le despertó la patrona.

—¡Julio! Arriba, gandulazo que es ya hora de despabilarse. ¡Le espera un chocolate riquísimo!

—¿Eh?

—Sí, hombre, sí. ¡Ah! Y perdone mi salida de tono de ayer. A lo mejor una está de mal talante. Ya pagará usted cuando quiera. No faltaría más. Lo mismo da este mes que el que viene...

Julio se restregó los ojos ¿Estaría soñando aún? ¿O es que la patrona se había vuelto loca?

Sonaron unos golpes a la puerta

—¿Se puede? Soy don Matías, su buen amigo don Matías. ¿Cómo? ¿Aún en la cama? Tengo que pedirle mil perdones de mi grosería de ayer. Sí, no lo niegue usted, me porté como un mal educado. ¡Como si usted no mereciera crédito! Acababa de pelearme con un cliente tramposo, y ya usted se hará cargo, ¿verdad? ¡Ah! Y... ¿no necesitaba usted dinero? ¡Pida, hombre, pi-

da! ¿Diecenas pesetas? Ahí van... No, no... nada de recibir. Las condiciones de siempre... Ya nos veremos... Abur.

Julio se pellizcó para convencerse de que no soñaba. Más tarde, acudió el sastre a ofrecerle un terno de fantasía, última novedad.

—Y en cuanto a la cuentecita, como no vale la pena, no se preocupe. Cuando usted quiera...

Y así el zapatero y el camisero y todo el ejército de hasta entonces «desigentes», cambiados en seres generosos por obra y gracia de algún prodigio desconocido.

—Cuando, antes de comer, Manolo acudió a ver a su amigo, éste le preguntó, zarandeándole.

—Hombre de Dios. ¿Cómo te las has compuesto para domesticar a las fieras?

¡Porque supongo que con la mímica no habrá sido!

Manolo, por toda respuesta le alargó un ejemplar de «La Propaganda», indicándole una información de primera plana.

Julio leyó:

«Un joven afortunado. En el sorteo verificado hoy en Madrid, ha correspondido el gordo al número 6,123. De este número juega medio billete el estudiante de Medicina don Julio Carballo y Pérez, quien, con tal motivo se ve propietario de 500,000 pesetas. El agraciado deseaba guardar el incógnito, pero nuestro deber de informadores nos obliga a ser indiscretos.»

A los dos días, Julio recibió un giro postal de su padre, con una carta, que decía:

«—Interin no cobres tu medio billete, ahí te envío 1,000 pesetas. Acuérdate de que el tío Pocho tiene su predio en venta y que sería un negocio comprarlo para unirlo a lo nuestro...»



Moncerdá y el Salón de Ciento

No se crea que a moro muerto gran lanzada.

He esperado a que Moncerdá desapareciera, para dar mi opinión sobre la restauración de nuestro Salón de Ciento. Recuerdo que al visitarlo hace pocos meses, salió de mi boca la frase: «¡Viva Isabel III!» Y es que la restauración del salón está con mirriñaque y me recordaba el fatal monumento que levantó Madrid a Cristóbal Colón, donde todo son vaciados del Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo. Allí todo es fidelidad de detalles, pero se les olvidó lo principal: el concepto.

Moncerdá compró fotografías, calculó detalles, acopló elemento sobre elemento, pero no tuvo criterio de lo que escogía, sin mirar escuela, ni materia, ni el fin que guió al artista al ejecutar su obra. Precisa ser muy lego en la materia para no apreciar en el gótico, no ya diversidad de estilos, según los pueblos y modalidades, según la época, sino que la materia hace concebir al artista elementos y conjuntos que no pasan nunca del metal, a la piedra o a la madera, y aún más esencial es el destino del monumento o su objeto para modificar su forma. Así en lo civil me ciño a dos monumentos: la Casa del Consejo, de Barcelona y el Hospital de la ciudad de Lérida. Ambos tienen puerta de monumentales dovelas, en ambos corona su majestuosa entrada una estatua, la fachada del Consejo, de Barcelona tuvo tres grandes ventanales netamente civiles, que nadie confundirá con los de arquitectura religiosa, y en detalle, las bases de sus cilíndricas columnas y los capiteles con que rematan, la manera como se ornamentan los escudos de la ciudad llenando las enjutas que dejan las elegantes dovelas del arco, no tiene parejo en arquitectura religiosa. Si pasamos al

patio con sus amplísimos arcos rebajados, me parece que no hay claustro que se labre bajo tal concepto, y si nos trasladamos al Salón de Ciento vemos un salón netamente civil, de construcción gótica, pero de alma románica, cual las «salas» de los castillos de Solsona, Verdú y tantos otros. Tiene sus arcos de medio punto, arrancados del muro apoyado en lamparones de estilizados ángeles que sostienen el escudo de la ciudad, coronando el arco una serie de cartelas en línea horizontal en las que apoyan las vigas, y sobre éstas un entarimado de rica decoración de oro y policromía, de modo que el techo horizontal no se encuentra en arquitectura religiosa salvo en alguna capilla palaciega, y aún quizá no se construyó para capilla.

Moncerdá no se cuidó del destino, ni materia del objeto estudiaba. Todo era material para su estudio, y allí aglomerábase de todo y allí se dibujaban los objetos, pero vistos desde hace sesenta años, es decir, se desdibujaban y parecían apuntes para hacer el concilio de «L'Africana» o la «Lucrecia Borja», tal como se presentaba en el Liceo y con esta cartera y este concepto empezó la triste restauración que parece obsesionada en el goticismo de Mestres, en la iglesia de San Jaime, de modo que al salón se le construyó un altar y un presbiterio. No disintiré el error de poner un altar en un salón, pero lo peor es que calcóse en los altares aragoneses de Damián Forment, construídos entrado el siglo XVI, de modo que son netamente platerescos mientras que el salón es del XIV, pero lo peor son los dos heraldos, que no gustándole los maceros que hay en las claves de arco de nuestra Diputación provincial, inspiróse en los de la Rendición de Granada de Pradilla que nada tienen de

góticas. De modo que si el concepto es malo, el detalle es pésimo por adornado y mezquino de líneas, y la ejecución de factura italiana de «santi di guiché» y sépase que en época gótica iban colocadas al fondo y sobre ricas peanas la Santísima Virgen, Santa Eulalia y San Andrés, pero figuras aisladas, de severas líneas y elegante silueta, dando sobriedad al testero del salón. Los muros los cubren hoy unos damascos rojos y amarillos en los que se han bordado los motivos de los frontales de San Juan de las Abadesas, hoy en Vich, los que son bien ejecutados, pero están a una altura inverosímil. Las ventanas se les ha tapado la gracia suma del rebajado arco que forma el hueco; carece de postigos y dibujos de bordados, han servido para vidrieras, cuando los dibujos de vidrieras construídos a planos nunca han tenido parecido con los bordados, y es que no estudió ninguna vidriera de la época. La solería, es una invención desgraciada, pues nuestras solerías son bajo base de losetas esmaltadas, y sépase que aún conserváanse algunas de las que primitivamente tuvo dicho salón. Los hierros no son góticos ni mucho menos, pues son tipo de su sobrino, el señor Puig y Cadafalch, aunque inspirados en los dibujos de Labarta. La sillera recuerda a las silleras corales de talla flamenca de fines del XV, pero un Consejo no es un coro, ni ha de haber doseletas para los ediles, pues no llegan a tanto. La balustrada que forma el presbiterio, es en piedra, copia de la de la calle del Obispo, pero aquella está a la intemperie, y aquí es en el interior de un salón. Las estatuas de don Jaime y del Santo Patrón de Cataluña son pueriles.

MÁCARIO GOLFERICH

Notas de arte

¿INTEGRACION?

He aquí un vocablo que vacila en el aire de nuestros días artísticos. Lo repiten los jóvenes pintores, pero sin definirlo bien. Uno me escribe que es la consigna actual. Y la primera pregunta que se impone es ésta: ¿Quiere usted decir con ello que su arte, a partir de hoy, se incorpora a la tradición o quiere decir que su arte aspira a la suma de los valores esenciales antiguos y modernos, tradicionales y exóticos? Sin duda es lo segundo lo que se acerca más a su propósito. No es que usted se reintegre a nada, sino que quiere integración en su obra. Ahora bien, ¿qué integración es ésta?

Me parece oírle decir—como a tantos otros nobles paladines del espíritu, incapaces de estancamiento, insatisfechos de las soluciones o semisoluciones dadas—que, desde la Nueva Era, cuyo preludio es Cézanne y cuya puerta abre Picasso, no se producen en la pintura sino «ensayos» de salvación, pero, al fin, ensayos; afirmaciones parciales o fragmentarias. Esto es indudable, y, sobre todo, será indudable cada más si es que ustedes, los jóvenes, logran la clave de la integración. Es indudable para usted y para toda persona metida en el afanado pensar y producir modernos, que desde el punto canónico de la Integración, las mejores obras del primer cuarto de este siglo parecen incompletas. El más genial y más potente de los pintores en acción, Pablo Picasso, no ha producido sino ensayos—ensayos magníficos—si se le mira desde el campo de esa exigencia «integración». En un cuadro, o una serie de ellos, ataca

el problema del volumen, el peso y monumentalidad; en otros la planimetría; en otros el ritmo puramente lineal; en otros la más abstracta alineación de formas pures. Cada cuadro suyo resulta la solución de un problema; y lo que usted quiere es que el cuadro sume las distintas soluciones de los distintos problemas que exige la obra pictórica. ¿No es esto?

El razonamiento es lógico. Pero, Sócrates conducía al absurdo con sus razones lógicas. Si calificamos de incompletos ensayos los cuadros de que se habla porque los miramos desde la Integración, vistos desde otro concepto pueden resultar ejemplares e modelos. Este otro concepto puede ser el opuesto. Recuerde usted, si no es muy mozo, cuánto se hablaba hace unos años de eliminaciones, síntesis, etc. Los pintores no dieron con el vocablo, pero, en realidad, lo que querían era «Desintegración». Querían desintegrar de la pintura todo lo que procedía de otras artes o encontraba en éstas mejor expresión, por ejemplo, lo fotográfico y lo literario. ¿A qué fin la competencia con la fotografía, la sociología, la historia o la literatura? ¿Es que no tiene elementos propios la pintura al mando de la idea para producir belleza? Vayamos, pues, a la «ideo-grafía», es lo que en el fondo, dice Picasso. Y—la verdad—también esto es lógico y razonable.

Todo dependerá, pues, de lo que entendamos por integración. Puntualicemos primero cuáles van a ser o han de ser los elementos integrales. ¿Admitiremos otra vez la perspectiva aérea, desterrada en los úl-

timos años para no herir la superficie del lienzo? La resolución que se adopte en este punto será elocuente y definitiva.

Mucho temo que este paso integrista nos lleve otra vez al naturalismo, negación del estilo. Demasiado sabrán mis jóvenes amistades que la gran revolución última no significaba en el fondo sino violenta sed estilística. Todas las probaturas recientes fueron, en realidad, apetencia de estilo. Incluso las más bufas y desconcertantes. En éstas se acusó principalmente la repugnancia que sentía el artista por una dirección que negaba todo estilo. En otras, menos satíricas, se acusaba seriamente el deseo de llegar a uno. Y para llegar a un estilo—ya lo saben ustedes—se necesita empezar por los principios, es decir, por donde empezaron los pintores italianos del comienzo del siglo XVI. A esto se debe que un Pruna, por ejemplo, esté más cerca de «El Bronzino» que de los «impresionistas». Volumen en sentido de relieve, no de profundidad; color local; contorno firme; tranquilidad de expresión; masas coloradas densas y quietas, sin pinceladas que perturban o hagan vibrar la superficie; distribución geométrica y rítmica del lienzo; encaje o articulación de partes, etc., etc. Esto es lo que tuvieron que conquistar otra vez los pintores. Todo ello se había olvidado con el naturalismo y el impresionismo.

Bien venga, pues, la Integración, pero veámos con qué elementos.

J. MORENO VILLA

EL INGENIO DEL DOCTOR LETAMENDI

por RAFAEL MORAGAS

Don José de Letamendi, que era un temperamento original, tenía una noble apariencia y una mirada penetrante que decía su espíritu hondo y agudo. Se le admiraba y se le temía. Su buen instinto se rebelaba contra cuanto significaba estancamiento. De Letamendi son aquellas frases: «España es un Parnaso suelto». «Hay muchos que creen imitar el estilo de Víctor Hugo, cuando en realidad, sólo imitan el de sus traductores». «Señales infalibles de gusto grosero e inculto: hablar alto, dormirse en el Liceo, llamar ruido a la música y a Zorrilla organillero.» Y marca su ironía, lo que escribió en el álbum de una dama: «En álbum cerrado no entran moscas.»

Aquel sabio doctor, al que nosotros, siendo muy jóvenes habíamos conocido, pasó con una facilidad pasmosa de la Patología a la pintura—Letamendi pintaba figura y paisaje—y de las amenas tertulias, en las que su genio brillaba esplendente a componer una «Misa de Réquiem», para voces y gran orquesta, que fué interpretada en el Monasterio del Real Sitio de San Lorenzo, de El Escorial, y en cuya partitura, pese a todos sus defectos, el temperamento arrebatado y fogoso de Letamendi se destaca y sorprendió en el «Días irac». Le fueron ofrecidas un sinnúmero de presidencias de entidades científicas y literarias. Ocupó la de nuestro Ateneo Barcelonés y a aquella cultural casa, Letamendi le aditó prestigio. En los Juegos Florales (1872), su voz cálida y vibrante se oyó desde la presidencia de la fiesta. Del estudio de las matemáticas—dejó una Tabla de logaritmos—pasó a componer sonetos y de los célebres mapas anatómicos a ejercitar el violín, que estudiaba mientras le arreglaban los pies el callista, y a presentarse en un baile de Carnaval, disfrazado de cadáver de la sala de disección, con todos los músculos y nervios dibujados y pintados sobre su cuerpo.

Hombre complejo y multiforme, devorado por todo saber, que usaba larga capa y sombrero de copa y que tenía un perro al que llamaba «Kurwenald», símbolo de fidelidad, y con cuyo Terranova y terciando al brazo un remington con bayoneta calada, se presentó una mañana de otoño en la estación del Norte a reunirse con unos compañeros que le habían invitado para concurrir a una cacería de liebres que iba a efectuarse en un coto de Sabadell.

Porque el sabio doctor Letamendi era así. Un docto dotado de imaginación fes-

tiva y desbordada. En la época en que desempeñaba cátedra en nuestro Hospital decía a todo aquél que quería oírle que en el Hospital de Barcelona se mascaba el caldo y se bebía el polvo. De lo dicho se desprende que en aquel tiempo la higiene de los hospitales barceloneses—afortunadamente ya cambiada—dejaba mucho que desear.

Sus anécdotas y los lances de su vida, que fué activísima, bastarían para llenar todo el extraordinario que hoy publicamos. Abordaba todos los problemas y los traba seriamente, pero cuando para él no revestían el carácter problemático, los aplastaba con una salida de tono o con regocijada humorada.

A altas horas de la noche avisaron a Letamendi que acudiera a visitar a una enferma. Abandonó el lecho donde acababa de acostarse, y, presuroso, llegó a la casa donde requerían sus auxilios. Letamendi no era el médico de cabecera de la enferma, y cosa que sabía de sobras, el marido de la paciente, la que por cierto tenía un carácter intratable.

Letamendi examinó a la enferma, e inútilmente trató de interrogarla. Esta, si no se encerró en un mutismo absoluto, sólo contestaba a las preguntas del galeno con unos monosílabos equivalentes a gruñidos.

—¿Le duele a usted el bazo?
—(Un gruñido).
—¿Los riñones?
—(Otro gruñido).
—¿La cabeza?... ¿El estómago?... ¿Los intestinos?...

—(Gruñidos, mal cara y más gruñidos).

Letamendi se alejó del lado de la enferma y pasó al despacho de la casa. No se atrevió a recetar y dió la visita por terminada. El dueño, o sea el marido, preguntó al doctor cuánto se le debía, ya que no siendo médico de cabecera quería saldar en el acto. Letamendi, muy serio, contestó que cien pesetas. El marido de la furia paciente se extrañó de lo subido del precio de la visita. La verdad, sabía quién era el que visitaba y la fama, que como clínico gozaba, pero no creía que fuese tan caro.

Letamendi le salió al paso, objetándole lo siguiente:

—Yo, verdaderamente, como médico cobro a dos duros la visita (pero en calidad de veterinario, y juzgue usted por los gruñidos, cobro cien pesetas).

Se puso el sombrero, y muy ufano se marchó a su casa a acostarse.

Hombre profundo, pensador y genial afrontó la muerte serenamente. Padeció de un modo horrible, meses y meses. Una despacible tarde de marzo—Letamendi murió en julio de 1897—se celebró una consulta en casa del enfermo. El doctor Cortezo íntimo de Letamendi, se había reunido con otros médicos en una sala vecina al dormitorio. Letamendi aguzaba el oído, que como músico tenía finísimo, a fin de coger algo de lo que en la consulta se comentaba.

Al lecho llegaron unas palabras de su amigo Cortezo, que decían: —«No hay que desesperar... Pepe es fuerte... A pesar de lo malo que está el día, no hay que olvidar que vamos de cara al buen tiempo, y sobre todo, no echemos en olvido aquello de que «marzo ventoso y abril lluvioso...»

Al oír esto, Letamendi tira del cordón de la campanilla. Presurosos sus amigos llegan al borde de la cama, creyendo que había surgido una crisis. Letamendi, pensosamente, se sienta en el lecho y con voz muy débil y entrecortada dice:

«Marzo ventoso y abril lluvioso...
sacan a mayo más feo que un oso.»

Dos horas antes de entrar en la agonía tuvo aún un fuerte rasgo de humorismo. A ambos lados del lecho sollozaban unas personas de su familia.

Letamendi—los dolores eran vivísimos, y él se daba perfecta cuenta de que su fin se aproximaba—no cesaba de prodigarles consuelos. Pero todo era inútil; las señoras de su familia se deshacían en llanto.

La voz del doctor Letamendi proseguía diciendo:

—Sobrino, no llores... Mujer, no te afijas... Ya lo véis, yo soy el interesado y no me apuro...»

Para el próximo domingo:

Hombres y cosas del XIX:

Antonio Altadill

por RAFAEL MORAGAS

La danza en Cataluña

Es la danza popular, la exteriorización característica de la personalidad y estilo del pueblo que la ejecuta, ya que en ella se halla el verdadero sentido del mismo, a través de su historia.

En la de Cataluña, indudablemente hay influencias de la antigua civilización helénica, que se revelan en la belleza de su ritmo, así como las hay también de las dominaciones goda y musulmana. El «Contrapás» y la «Sardana» deben considerarse como las danzas clásicas de nuestra tierra. Las dos, seguramente de origen pagano, fueron cristianizadas y sin perder el carácter de origen se han ido perpetuando a través de los siglos hasta llegar a nuestros tiempos, especialmente la segunda, como a un valor positivo y propio, en el doble aspecto de baile y de obra musical.

De las dos primitivas danzas guerreras, es un recuerdo la conocida con el nombre de «Ball del Hereu Riera», del que se tiene noticia de haberse bailado por un hombre sólo, por una pareja y por varias personas a la vez.

El tan popular «Ball de bastons», seguramente en su origen fué una de las danzas de esta especie, si bien hay que advertir, no es privativo de Cataluña.

El número y variedad de danzas populares catalanas es muy abundante. Una breve descripción de las que actualmente se conocen o se tiene noticia de haber existido, nos llevaría más lejos de lo que estas notas nos permiten, por cuyo motivo ha-

blaremos sucintamente de las más significadas.

El «Ball Pla», es indudablemente, el tipo indígena del baile de pareja catalán. La música y la simplicidad de sus figuras revelan su incontestable antigüedad. En Olot lo ejecutan en la fiesta dedicada a la Virgen de Tura, las personas acomodadas de la ciudad, desde tiempo inmemorial. Comprueba dicho aserto la existencia de las variedades llamadas «Ball Cerdà», «Ballet» y «Ballet de Deus», las cuales, en el fondo no son más que diferentes aspectos del mismo. La música de ellos está compuesta dentro el ritmo ternario que determina ser llevado el paso de baile, siempre a un mismo tiempo, lo que permite ser ejecutado igualmente por un niño y un anciano, como así le hemos visto interpretar en una fiesta de pueblo, bailando el abuelo con su nietecita.

Hacen pareja a esta clase de danza otras muchas, como: «Treure Ball», que se interpretara en Tarrasa a semejanza del «Ball Pla», en Olot. El de «Morretxes», en la costa levantina, que aún se celebra en Lloret de Mar. «La Bolangera», «La Castanyeta», «Patatuf», «La Esquerrana», «El Espunyolets», «El Indiot», el de los «Aucellets», de «Coques» y de «Confits». «La Contradansa» y «La Gallarda», de origen señorial.

«La Espolssada» y «Las Corrandes», el ceremonioso llamado «Ball del Gambeto», en Ridaura y en San Juan de las Abadesas, distinguiéndose, entre ellos, el «Galop de Cortesia», «La Morisca» y «La Gala», en Campdevanó, que aparecen como un re-

cuerdo de las costumbres señoriales de la edad media. Otras de carácter muy distinguido son la «Danza» y el «Ball del Ciró», en Castelltersol y en Viladrau.

De las de estilo espectacular o representativo tenemos la típica «Patum», en Berga, y la «Patera», en Igualada, ésta casi olvidada ya, los bailes de «Águila», el «Drac», la «Mosxiganga», los «Cavellets» y el faustoso y espléndido «Ball de Gitanas», en la comarca del Vallés. De las habladas se conservan los «Diables», «Cercollets», las «Gitanas», en el «Fandós»; los «Pastorets», el semi histórico «Ball de Sarraïllonga» y muchos otros de carácter religioso o festivo.

Por estas compendias notas escritas simplemente para subrayar los gráficos que van en la plana central, se podrá apreciar, indudablemente, cómo la danza popular de Cataluña revela que los catalanes son gente que sin olvidar su laboriosidad leyenda, saben divertirse sin que los espectáculos sean causa de perturbaciones, al contrario, destacándose en ellos la correcta seriedad característica del pueblo catalán, ya que a las referidas fiestas populares asistían, y en algunas aún siguen asistiendo las autoridades locales, y antiguamente, incluso las religiosas.

Las costumbres y los gustos modernos llegados de fuera han modificado algunas y muchas de ellas han desaparecido. Nosotros siempre nos complacemos en recordar las danzas extinguidas y en dar a conocer y exaltar las que nos restan.

A. CAPMANY

«El remanso provinciano»

Desacreditando tópicos

Dijo así aquel muchacho magro y tembloroso, en cuyos ojos alumbraba apenas una turbia luz de desencanto:

«No hable usted, señor, del remanso provinciano. Usted no ha vivido en una provincia. Usted, señor, no sabe lo que se dice.»

¿Remanso provinciano, es decir: quietud, inanimación, paz de agua muerta? ¡Ah, si el padre del tópico y los padrinos que ayudaron a lanzarlo luego hubieran conocido la provincia!...

La provincia no se conoce pasando un par de días en ella, ni guiándose con las observaciones de segunda mano de los escritores cosmopolitas, que aún pretenden despertar la emoción describiendo las sombras de la Catedral en las calles dormidas, o haciendo constar que el reloj consistorial canta las horas con voz rota... ¡Tópicos, tópicos!...

Para conocer la provincia hace falta llegar hasta su alma dejándose en ella un poco del alma propia cada día, durante muchos días, durante muchos años: los mejores de la vida, quizás.

Y se deja uno prendido el corazón, no en la tertulia del «Casino Principal», ni ante la reja de la novia honesta y mal vestida, ni en los devaneos de escaño municipal de las novelas escritas desde fuera, sino en otros zarzales llenos de espinas más trascendentales. El provinciano—créame, señor—puede mirar al cortesano por encima del hombro. Y me refiero siempre al provinciano de pequeña provincia, no al de esas otras de barullo de corte.

Yo, cuando oigo ese tango de «La provincianita» o leo esas narraciones de chiquillas pálidas enamoradas de los bigotes marciales, no puedo contener la risa, señor.

¡Si usted supiera!... En la provincia se reza ya muy poco el rosario, desde hace un siglo no toma nadie chocolate, y los canónigos van perdiendo su supremacía.

En la provincia ya no hay oscuros cañiques, ni entran figurines atrasados, ni suenan pianos de teclas amarillas, precisamente amarillas, tras las frondas de ningún jardín. La provincia, la provincia «típica», la provincia típica, no existe sino

en las novelas de unos cuantos transnochados con malos informes.

Pese a la literatura que se le ha dedicado, la provincia de hoy carece de la novela-espejo necesaria. Yo, señor, quisiera escribir el libro de la provincia. Pero la provincia es una amante demasiado voraz, demasiado exquisita, y nos hace viejos prematuramente. A no ser así, los provincianos emprenderíamos una cruzada de reivindicación.

¡Y, ay de ustedes los cosmopolitas, los ridículos y «provincianos» cosmopolitas!...

Me atreví a interrumpir al exaltado:

—¿Llevarían ustedes por mote en la bandera «La casa de la Troya»?

Y protestó, despreciativo:

—¡Calle usted, por Dios! «La casa de la Troya» dejó de tener realidad hace muchos años. En las provincias ya no nos interesa. Tal vez en la presunta marcha de los provincianos sobre Cosmópolis les tiremos a ustedes «La casa de la Troya» a la cabeza.

DOMINGO DE FUENMAYOR